

## Capítulo V

### *Qué orador tiene más ventajas en los discursos, si el ministerial o el de la oposición, el que habla primero o el que habla después*

Cuando observamos la índole de las diversas opiniones de una cámara, naturalmente nos preguntamos por qué hay tantos ministeriales y tan pocos afiliados en la oposición. Esta enseñanza desaparece luego que se reflexiona en la condición del hombre y en el influjo que tiene su corazón en su conducta y hasta en sus ideas.

Cabe ser ministerial de muy buena fe, y ocasiones hay en que deben serlo hasta los más ardientes reformistas.

Un ministerio que procure en todos sus actos el bien y la libertad de la Nación a cuyos destinos preside, debe ser apoyado hasta con ardimiento, aunque cometa faltas que sus grandes rasgos, su acrisolado patriotismo y sus nobles tendencias hacen disimulables. ¿Pero en qué consiste que hasta los ministerios opresores y que siguen una funesta marcha encuentran en una cámara tantos que los apoyen y sostengan? Muchas son las causas que explican este fenómeno, y no todas suponen egoísmo ni falta de pura intención.

El gobierno tiene siempre cierto magnetismo y fascinación que puede imponer a las conciencias sin degradarlas ni corromperlas. Esta seducción irresistible que se infiltra sin percibirlo, obra aunque en sentido contrario los mismos efectos que el miedo, porque quita la libertad de acción, destruyendo la libertad de examen y la posibilidad de un juicio reflexivo e imparcial. Cabe ser muy honrado y al mismo tiempo muy accesible a esas impresiones mágicas que trastornan los cerebros humillando a la vez la dignidad propia. Las apariencias, el esplendor, el aparato, imponen a ciertos hombres que siguen atraídos por una virtud simpática todos los movimientos del poder, como el satélite sigue todas las rotaciones de su planeta.

Otros, sin ceder a esta atracción oculta, muestran una docilidad que se explica por su temor, por sus hábitos y por la indolencia de su pensamiento. Bien hallados con la actualidad, y sin sondear sus vicios ni sus inconvenientes, temen a toda mudanza, y apoyan al poder que simboliza la estabilidad de las cosas: o ya avezados a un sistema o a una marcha dada, la

prefieren a cualquier otra, porque no quieren cambiar lo conocido que comprenden, por lo desconocido que no se explican. Para pesar ventajas y desventajas se necesitaría pensar con detenimiento, y pensar es un trabajo fatigoso para las almas apáticas o superficiales. El error suele estar entonces en el entendimiento, porque se confunden las personas con la institución, al funcionario con la dignidad, al hombre con el poder que ejerce, y se prodiga a aquel el homenaje de respeto y de adoración ciega que sólo se debe a los principios.

Mas aparte de éstos y otros motivos que caben en el círculo de los impulsos honrosos y de la buena fe, hay causas bastardas que hacen de la opinión el intérprete de interés individual y de la propia ambición. Los honores, las riquezas y las ventajas todas de la vida, son un aliciente irresistible para el que las desea, y no pocas veces con el fin de adquirirlas se entra en capitulaciones vergonzosas con la conciencia. El que tiene que dar, siempre encuentra sostenedores. Mably nos ha dicho a este propósito: “Si la peste tuviera cargos, dignidades, pensiones y beneficios que distribuir, bien pronto encontraría teólogos y jurisconsultos que sostendrían que era de derecho divino, y que era un crimen oponerse a sus estragos”. Pero dejando a un lado estas observaciones, entremos de lleno en el objeto de este capítulo.

El papel del orador ministerial es más fácil y más cómodo. El del orador de la oposición más difícil y peligroso; pero también más brillante. Los ministros y sus adeptos, iniciados en todos los ministerios de la política que siguen, pueden recurrir en las luchas parlamentarias a lugares comunes, acogerse cuando otra cosa no puedan a la necesidad de la reserva, y encontrar salida a los argumentos, en su clave misteriosa desconocida de los profanos; pero sus discursos son frecuentemente sutilezas de escuela, declamaciones exageradas, producciones lánguidas y frías que a lo más hablaban alguna vez al entendimiento y casi ninguna al corazón. Y no queremos decir con esto que los ministros ni sus partidarios no se encuentren muchas veces en el caso y en la necesidad de invocar grandes objetos. La defensa del país y de las instituciones, el interés de la paz y sosiego público, la causa del orden, pueden dar materia a discursos vehementes que agraden, que conmuevan y que entusiasmen al auditorio, mil veces más que los arranques del tribuno cuya reputación esté mejor establecida. Ninguno podrá mostrarse indiferente ni menos insensible a los ecos de la voz sincera y amiga, ya sea del ministerio, ya de un representante, que se empeña en protegerle, defendiendo tan grandes objetos contra el embate ciego y brutal de una facción destructora. Si se fijaran así las cuestiones, si se vieran, si se palparan, si de este modo las comprendiera y calificara la con-

ciencia pública, todas las simpatías responderían a esa palabra animada y vigorosa, órgano e intérprete entonces del interés común. Pero el mal está hartas veces en la duda. El mal está en que con frecuencia se presiente, se ve, se palpa, que invocando aquellos objetos sagrados para todo, y aparentando su peligro, lo que se trata realmente de sostener es una marcha equivocada y funesta, o los intereses de ciertas banderías: que no se hace llamada a la razón pública para empeñarla en una defensa justa y necesaria, que lo que se desea es sorprenderla y alucinarla, para que bajo la influencia del temor que se le inspira, venga a apoyar la causa de determinadas personas. Entonces los discursos no producen ni pueden producir el menor efecto; porque a través de las pomposas frases, del santo celo que se afecta, de declamaciones inútiles y de todos los ardidés de tribuna, se oye la verdadera traducción de tantos esfuerzos que dice en boca del ministro y de sus favoritos parodiando a Luis XIV: “El estado somos nosotros”.

Pero en contraste de esta observación que mata en el momento de nacer todos los impulsos de asentimiento, ¡qué campo tan lleno, tan libre, tan exento de sospechas el del orador de la oposición! Él habla en nombre del país y en defensa de sus fueros, y se le escucha aun antes de que rompa su silencio, con la prevención favorable que se tiene por el que abraza nuestra causa y se declara su campeón. Su palabra se oye como independiente, porque se la supone ajena a todo cálculo y a miras interesadas. No tiene necesidad de hablar con el aplomo y mesura de un ministro a quien fuerza su posición a pensar más en lo que debe callar que en lo que debe decir. Tampoco ha menester como aquél, cortar los vuelos a la imaginación, para que sus conceptos descubran sólo la exactitud en las ideas y la profundidad en los juicios. El orador de la oposición discurre por un campo sin barreras, sin estorbos, sin sentir ligaduras de ninguna especie; y permitiendo siempre la causa que defiende viveza en los cargos, colorido e imágenes en el lenguaje, puede entregarse a todos sus arranques, sin temor ni consideración que enfrene su lengua, ni que ponga coto a sus conceptos. A sus palabras se abren todos los corazones a la confianza, en tanto que a los ministros y sus sostenedores se les suele escuchar con desconfianza y recelo. El ministro está encerrado en la periferia que le traza la prudencia, que a veces es harto reducida: su impugnador no tiene más límites que los de la decencia y el decoro.

El ministro y sus defensores por otra parte no pueden menos de presentar muchos flancos por donde ser atacados. En la atmósfera del poder hay que pasar por condiciones indispensables que exponen a grandes riesgos para el momento de la lucha. Allí se ve, se oye y se toca, por ojos, por oídos y por manos extrañas, y estas continuas delegaciones de confianza que tie-

ne que hacer un ministro a quien es imposible practicarlo todo por sí, le constituyen a veces en el debate en la posición más embarazosa. El que le impugna lleva calculado el ataque y preparados los tiros que le ha de dirigir: el atacado tiene precisión de defenderse por el lado y en el modo en que se le acomete, que a las veces es el que menos podía imaginar. La defensiva es siempre desventajosa, y el ministro tiene que reducirse a desempeñar este papel renunciando a toda la preponderancia que da la agresión. Sin duda se ha reparado en estos inconvenientes, y se ha concedido al poder a expensas de la igualdad, que hable cuantas veces quiera, y que cierre las discusiones.

Otro motivo hay todavía más capital para hacer a los ministros vulnerables. Por decididos que hayan sido antes sus principios en favor de la libertad y de las reformas, al colocarse en un punto tan encumbrado, la cabeza se les desvanece, la vista se les turba, y empiezan acaso sin conocerlo a mirarlo todo de muy diferente modo. Creen que a cada paso hay un precipicio por donde ellos corrían poco antes sin temor y sin cuidado, y empiezan a sospechar de todo, adoptando una marcha de recelo que después se convierte en abierta hostilidad.

Así se alejan insensiblemente del punto de que partieron. Entonces adoptan la política que en nuestros días se ha llamado de resistencia: nombre que no se comprende bien, porque la resistencia supone la lucha, y la idea de la lucha no cuadra a los gobiernos cuya autoridad debe moverse en su esfera amplia y majestuosamente, sin descender a cada paso hasta la arena del combate. ¿Y qué es lo que se resiste? ¿Las tendencias locas y parciales de unos pocos ambiciosos o descontentos? Esto no es luchar, sino aplastar con el peso de la ley un elemento trastornador. ¿Es lo que se resiste la opinión pública generalizada en todas las capas de la sociedad, y avivada por el descontento? Esta resistencia sería sacrílega, porque en los gobiernos representativos la opinión así entendida debe mirarse como un elemento decisivo, y es injusto y atentatorio querer contradecirla y sofocarla. Mas como quiera que sea; una vez tomado este camino, la divergencia aumenta a cada paso, y a la indiferencia sucede el desvío, al desvío la oposición, a la oposición la enemistad, y a la enemistad una ciega y perseverante saña a cuyos instintos se sacrifican los principios, las leyes y los hombres. Entonces todo va más allá de lo que acaso se pensaba, y la arbitrariedad domina sin tregua ni contradicción. Entonces se atropella todo, y un cúmulo inmenso de abusos viene a poner en manos del orador de la oposición otros tantos dardos emponzoñados que lanzar contra un poder delirante. Éste triunfa en las votaciones; pero es después de haber sucumbido en la discusión, sobre la cual la razón ilustrada del país ha pronuncia-

do su fallo irrevocable. En estas épocas de zozobra, de angustia y de opresión para los pueblos, es en las que el orador independiente brilla más que nunca, y en que recoge más laureles, rodeado por todas partes de gloria y de peligros.

¿Pero qué será mejor para el orador, hablar de los primeros, o cuando ya la discusión esté adelantada y se acerca a su término? Para los oradores que no cuentan con grandes recursos y que van exclusivamente atendidos a los datos de su preparación, es no sólo más conveniente sino de todo punto necesario, hablar al principio del debate. Sólo el primero que toma en él la palabra, es el que puede decir todo lo que llevaba pensado, y del modo que lo llevaba pensado. Desde el instante en que se contesta al primer discurso, van desapareciendo unas ideas y naciendo otras, de modo que la fisonomía de la cuestión se va alternando con los tránsitos que hace el debate, como la fisonomía de los hombres y de las cosas se altera también con el tránsito de las edades. En tales circunstancias no es posible repetir lo que ya se ha dicho, ni volver a contestar a lo que ya se ha contestado, y hay que encontrar de pronto fácil y cumplida respuesta a todas las observaciones que vienen a la discusión por primera vez. Todo esto es difícil para el orador que no cuenta con grandes medios.

Pero al que realmente los tiene y parte de esta confianza, le da gran lucimiento quedarse para hablar de los últimos, y si es posible para cerrar el debate. Entonces se ven brillar a la vez el ingenio que busca y encuentra, el talento que dispone la imaginación que crea, y la flexibilidad y abundancia del lenguaje que viste y engalana las concepciones del espíritu. Entonces todo lleva consigo el sello de una sorprendente novedad, y los que oyen quedan admirados al ver cómo el orador halla todavía cosas, y cosas buenas que decir en una materia que creían agotada, y cómo su imaginación caminando a la par de su pensamiento, las va presentando con los giros más agradables y con todas las bellezas de la fantasía y del colorido.

Mas para que orador tenga seguridad de desempeñar este papel difícil que es del verdadero improvisador, es necesario que cuente con grandes dotes que no a todos es dado reunir. Es necesario que tenga gran fecundidad de recursos, vista intelectual clara y analítica para colocar en un punto de maravilloso orden todo lo que se ha dicho anteriormente, vasta instrucción para hallar principios, teorías y aplicaciones, y serenidad sobre todo para encontrar de pronto un camino donde otros se le han cerrado. Estas ventajas no se adquieren en un día, y son por lo común el resultado y el premio de grandes y costosos afanes, de estudios y ejercicios anteriores, y principalmente del hábito adquirido en la tribuna. Entonces, y sólo entonces, es cuando el orador parlamentario se presenta en todas sus fases, y

*Joaquín María López*

cuando se revela en todo su poder entre la admiración y los aplausos de un público pasmado y conmovido. Entonces nadie se atreve a disputarle la gloria, porque todos conocen que su discurso es la obra de una creación instantánea, y que llevaba consigo todos los medios y todas las armas de que repentinamente hace uso en aquella ocasión solemne. La envidia y la maledicencia enmudecen, y tienen que conceder a pesar suyo todas sus prerrogativas al genio y a la superioridad.